

fuera, mientras la criada ocupa el mejor lugar de la casa y se lleva lo más y mejor del tiempo. Los que no especulan y tratan las Escrituras con intención de aprovechar en el conocimiento propio, aunque no para aprender á negarse y á unirse á Dios con ardientes deseos y afectos inflamados, salen, sin duda, del tal ejercicio soberbios, vanos, hinchados, amigos de sí mismos y llenos de su propio parecer: consumen las fuerzas y el ingenio en cosas de aire, y ellos mismos se son impedimento para que Dios les comunique sus verdaderos, sólidos y sabrosos bienes. Y no más, porque no pierda yo por hablar lo que ellos por especular. Adios, Deseoso.

-DISCÍPULO. El sea contigo y te guarde. Amén.

DISCÍPULO. Dios te salve, maestro mío.
MAESTRO. El mismo te sea salud siempre.

DISCÍPULO. ¿Y qué deseoso vengo hoy de oírte hablar acerca de aquel santo ejercicio que días pasados me indicabas, significándome que Dios te le había revelado?
MAESTRO. La revelación no me la reveló sino yo soy tan bueno como tú piensas, sino al Profeta Micheas, el cual, codicioso de saber qué sacrificio ofrecería al Señor que le fuese más aceptable, y para su alma de mayor pro-



DIÁLOGO OCTAVO.

DE LOS EJERCICIOS EN QUE SE HA DE OCUPAR EL CONTEMPLATIVO QUE YA DESCUBRIÓ EL REINO DE DIOS EN SU ALMA Y LE CONQUISTÓ.

§ I.

DISCÍPULO. Dios te salve, maestro mío.

MAESTRO. El mismo te sea salud sempiterna, hijo Deseoso.

DISCÍPULO. ¿Y qué deseoso vengo hoy de oírte hablar acerca de aquel santo ejercicio que días pasados me indicabas, significándome que Dios te le había revelado!

MAESTRO. La revelación no fué á mí, que no soy tan bueno como tú piensas, sino al Profeta Micheas, el cual, codicioso de saber qué sacrificio ofrecería al Señor que le fuese más aceptable, y para su alma de mayor pro-

vecho, mereció que el mismo Dios le hablase en espíritu y le dijese: «Yo quiero ser tu Maestro y enseñarte lo que es bueno, y lo que tu Señor Dios quiere de tí». Y dichas estas palabras, hizo una cifra y suma de todo lo que hay que saber para que el hombre ande compuesto y bien ordenado consigo, con el prójimo y con Dios. «Ciertamente, dice Este, lo que quiero es que formes juicio, que ames la misericordia y que andes solícito con tu Dios».

DISCÍPULO. ¿Es posible que en tan breves palabras se encierren tantos misterios, que para ser uno más perfecto en todo género de virtud, no tenga necesidad de leer más libros, ni de ocuparse en otros nuevos ejercicios?

MAESTRO. No me parece que hay lugar á ningún género de duda sobre esto, una vez interpuesta la autoridad del mismo Dios acerca de ello, y después de haber manifestado por su boca que esto es lo bueno, y con lo que le tendrá contento su siervo y cualquiera que lo practicare. Y para que entiendas que no son encarecimientos míos, ni hablo de gracia, ni por entretener el tiempo, nota que toda la armonía de los espirituales ejercicios y todas las riquezas del hombre interior estriban en cuatro puntos; conviene á saber: *en subir con libertad por hacimiento de gra-*

cias á la Majestad de Dios. En descender por humildad y abnegación de la voluntad propia, hasta colocarse bajo su poderosa mano. En salir de sí virtuosamente para ir en busca de todos los hombres con amor general y caridad bien ordenada. En entrar uniformemente en su interior por olvido de todas las cosas, hasta llegar á los brazos y unión con el Esposo. No sé si me habrás entendido.

DISCÍPULO. Parece que sí.

MAESTRO. Pues vuelve á decir estos cuatro puntos, porque es menester que los sepas como el Ave-María.

DISCÍPULO. El primero, libres ascensiones del alma por hacimiento de gracias á la Majestad de Dios. El segundo, humildes descensos por abnegación de sí mismo, bajo la poderosa mano del Señor. El tercero, virtuosas salidas hacia todos los hombres por un general amor de largueza divina. El cuarto, uniformes entradas ó introversiones por olvido de todas las cosas, hasta los abrazos y unión con el divino Esposo.

MAESTRO. Admirablemente has comprendido este santo ejercicio; mas porque te deseo que te aficiones á él y no á otro, así por ser revelado, como por la experiencia que yo tengo de lo mucho que en él aprovecha con poco trabajo el alma y sin algún hastío, has

de saber, que todo cuánto está escrito en materia de oración y contemplación se reduce á él. En él se fundan aquellas cuatro vías: purgativa, iluminativa, amativa y unitiva, de que tantos Santos han compuesto copiosos y prolijos tratados, especialmente San Dionisio, San Buenaventura, Henrico de Herp, el caxillér Juan Gerson, Ricardo, Hugo y otros muchos. En el primero de estos cuatro puntos se eleva el alma. En el segundo se abate. En el tercero se comunica. En el cuarto se recoge y encierra en sí mismo, dentro del Reino de su Dios. Son éstos aquellos cuatro ríos que regaban aquel vergél y jardín divino en que puso Dios á nuestros primeros padres, que le hacían agradable y de gran recreación. ¿Y cuánto más agradable y de mayor deleite es para Dios el corazón del hombre, que con tales ríos se riega y refresca cada día? Hablando el celestial Esposo con el alma, su esposa, en los Cantares, la dice: «Huerto cerrado sois, hermana y esposa mía; huerto cerrado y fuente sellada. *Emissiones tuæ paradisus*: vuestras salidas son Paraíso en que yo me deleito y recreo».

DISCÍPULO. No parece que tradujiste bien y con propiedad aquella palabra latina, *emissiones*, porque, como sabes, se deriva del verbo *emitto*, ir, que significa enviar, y, á mi pa-

recer, habías de decir: Tus enviadas son paraíso.

MAESTRO. Tienes razón, y muy grande; que *salidas* no dan á entender tanto el imperio de la voluntad como *enviadas*. Pero, porque este término no se halla en uso, usé yo del más común; y porque es negocio llano y sabido de todos que los pensamientos y las salidas naturales del alma á cualquiera de las cuatro partes ya dichas no hacen paraíso para Dios, el cual sólo se agrada del sacrificio voluntario, y todas nuestras operaciones quiere que sean imperadas de la voluntad; y con esta advertencia lo mismo es enviar que salir.

§. II. Y pues que sabes argüir en cosas tan importantes, pregúntote yo: ¿Por qué se llama al alma huerto, y huerto dos veces cerrado, y fuente sellada?

DISCÍPULO. Me parece á mí que le da ese título el Esposo para significar lo mucho que se regala en ella, cuando, á la manera de un jardín que está plantado de diversos árboles y diversas yerbas y odoríferas flores, con mucha abundancia de fuentes cristalinas, bien cercado y bien guardado, para que ni las bestias le huellen ni los hombres entren á robar-

le la fruta; la mira y contempla guarnecida con el temor de Dios, rodeada de su ley y de la custodia de los ángeles; plantada de muchas y diversas virtudes, de pensamientos del cielo y de deseos divinos.

MAESTRO. No se te puede negar que la respuesta ha sido á propósito; sólo quiero añadir que no será paraíso el corazón que no estuviere dos veces, ó más, cerrado á todo lo que no fuese Dios ú ordenado para Dios; y junto con esto, fuente sellada y marcada por suya y para sí. Con toda custodia guarda tu corazón, dice el Sabio; porque de él procedé la vida; no cualquier vida, sino la vida interior y esencialmente buena.

DISCÍPULO. También la natural.

MAESTRO. Verdad es; pero no habla Salomón de esa vida, porque no tuvo Naturaleza necesidad de aviso para guardar el corazón, de donde ella procede, sino de la vida del alma; la cual nace del corazón bien guardado; y así es que luego se sigue: *emisiones tuæ paradysus*; tus salidas ó manantiales, paraíso. Sí; que aquel salir á Dios con hácimiento de gracias; aquel descender por conocimiento propio; aquel comunicarse al prójimo con celo de su salud espiritual; aquel entrar dentro de sí, con uniformidad de deseos, aspirando incansablemente á la unión del Esposo,

paraíso es y lugar de deleites para Dios. Verdad es que algunos leen esta letra diferente-mente, porque en lugar de *emisiones* traducen *propagines*, que significa todo género de árboles y plantas de que se forman los huertos y jardines; y así lo unen, y continúan con lo que se sigue, de esta manera: Tus pimpollos y renuevos, que son las operaciones interiores y exteriores del alma, son paraíso de granados, manzanos, camuesos, nardos, azafranes, canela, cinamomo, con todos los demás árboles del monte Líbano, mirra, acibar, con otros más unguentos primos ó principales.

DISCÍPULO. Necesariamente, todos esos árboles tendrán sus significaciones místicas.

MAESTRO. Claro está que no se deleita Dios ni tiene por paraíso huerto alguno del mundo, por cerrado que esté y bien plantado de estos árboles. Y pues habla con nuestra alma y espíritu nuestro, espiritual ha de ser esta arboleda y plantas que aquí se nombran, y espiritualmente han de ser entendidas. En el granado, los deseos de los mártires; en el sauce, que algunos llaman árbol del paraíso, otros junquillo, otros cierto género de palma que lleva racimos de dátiles como de uvas, la caridad olorósísima; en el nardo, la humildad y la devoción; en el azafrán, la sobriedad, la templanza y la alegría espiritual; en la caña-

fístola, que, como nota Plinio, es cierto género del árbol llamado cálimo, cuya corteza es de grato olor y á propósito para un unguento preciosísimo, la honestidad y vergüenza, porque ahuyenta del alma los malos deseos y pensamientos no castos; en la canela, la virtud de la fortaleza, porque es caliente y conforta el estómago flaco, en la mirra y aloe ó acibar, la penitencia, y en los demás árboles y unguentos, toda la universidad de las virtudes, de que sería imposible, sin exceder mucho de nuestro intento, hacer tratado.

§ III. **Discípulo.** Luego de cuadra muy bien al alma que se ejercita en estas cuatro calidades y puntos el nombre de paraíso.

MAESTRO. Verdad dices, y plegue á Dios por su bondad que te dé á entender lo mucho que te importa, abandonados cualesquiera otros ejercicios, ocuparte en éste con todo tu corazón y todas tus fuerzas; pues, á mil modo de ver, no era otra la petición del Apóstol San Pablo, cuando, describiendo á los de Efeso, decía: Por éstos, has rodillas en el suelo al Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y suplicas, os conceda que, corroborados y fortificados en su espíritu, en el hombre interior,

podáis comprender con todos los Santos, que sea la longitud, latitud y alteza y profundidad, y la caridad de Cristo, que excede á tu científico conocimiento. Hasta aquí son palabras del Apóstol; las cuales, bien consideradas, hallarás en ellas todo lo que hemos dicho de nuestro ejercicio; porque aquí sube el alma, por hacimiento de gracias, hasta la alteza de Dios; y baja, por conocimiento propio, hasta el abismo de su nada; y ensanchase caritativamente, hasta abrazar por el Señor amigos y enemigos; y es sublimada en la esencial introversión, abrazándose íntimamente con su Dios. Y esta es la anchura, alteza, profundidad y largura que comprendieron todos los Santos, ayudados y fortalecidos con el espíritu de Dios. Él te le conceda para que lo entiendas y obres.

DISCÍPULO. Amén. Confieso que no he oído ni leído en mi vida tal exposición como la que has hecho respecto de ese lugar del Apóstol, tan dificultoso y de tan pocos entendidos.

MAESTRO. Por ventura no te agrada?

DISCÍPULO. Siendo, como es, admirable, ¿por qué no me ha de agradar? Sólo deseo saber de tí ahora, si ha de haber tiempo señalado para cada cosa de estas, ó si consecutivamente se ha de ir ejercitando el alma en ellas;

de suerte que al subir se siga inmediatamente el bajar, y al salir el encerramiento y clausura con Dios.

MAESTRO. Muy buena dificultad es esa, y propia de quien ha comprendido esta doctrina del cielo. Por lo cual nota, que el subir de suyo desvanece; el bajar, desmaya; el salir á fuera, distrae, y el encerramiento causa olvido; y para que haya armonía y consonancia agradable al Señor, estas cuatro relaciones se han de estar siempre mirando y respetando; de manera que la elevación tenga respeto á la humillación, y el salir y comunicarse á las criaturas al entrar el Criador. Que como no es posible sustentarse uno mucho tiempo en lo alto de la contemplación, sin desvanecerse, si no acude á lo bajo del menosprecio de sí mismo, así tampoco puede acudir al prójimo, sin daño notable suyo, si le falta el recurso ordinario á la oración é introversión esencial en lo profundo de su alma. Créanme los activos todos: que si no les ayuda María, que se han de cansar y faltar en lo comenzado, por muy fervorosos que comiencen, y aun caer en hartas miserias. Y yo, hijo, no reprendo á los que se ocupan en visitar enfermos, en hospedar pobres, en convertir mujeres perdidas y en tratar de la salud espiritual del prójimo; pero sí decirles que si les falta

María, darán con todo en el suelo. «Instando en la oración», dice San Pablo, acudid á las necesidades de los Santos». Pues si habiendo de tratar con gente santa es necesario insistir en la oración, para tratar con pecadores ¿no será menester doblada oración? No será necesaria insistencia y perseverancia á los pies de Cristo?

DISCÍPULO. Mucha razón tienes; que aun yo, con ser mozo y sin experiencia, he advertido y mirado el peligro de algunos, que todo su cuidado ponen en el aprovechamiento ajeno, sin tenerle del propio, y temo cierta su caída.

MAESTRO. Aún no tan malo, si el aprovechamiento de sus prójimos les trajere distraídos; mas yo sospecho, y quédese en sospecha, que buscan el suyo temporal, y el ajeno les sirve de cabeza de lobo. Al fin, ellos comen y viven á costa de la virtud, con título y nombre de Santos, como hemos visto en muchos iluminados de nuestros tiempos, cuya memoria ofende á cualesquiera oídos piadosos. Créeme, hijo Deseoso, que para tratar una hora con el prójimo con aprovechamiento suyo y sin daño nuestro, son menester ocho de trato con Dios. Del santo Fray Gil, compañero de nuestro Padre San Francisco, se lee que si por la obediencia salía una vez de

casa, decía que necesitaba ocho días de encierro para volver á colocarse en el punto en que se hallaba cuando salió. ¿Pues qué se podrá suponer de algunos mozos que, corriendo sangre, se entrometen á tratar de conversión ó confusión de almas, los cuales en todo el día saben entrar en su casa, sino de una en otra en las ajenas, sin tener media hora de trato con Dios á favor de la oración?

§ IV.

DISCÍPULO. Y de las beatas espirituales, que si no cogen el manto cuando vienen de fuera, es por no tardar en descogerle cuando vuelven á salir, ¿qué te parece?

MAESTRO. Muy mal, porque no cumplen con su obligación, que pide mayor recogimiento y guarda de sentidos que en las demas mujeres del siglo; pero aunque pudiera decirte muchas cosas más sobre este asunto, no quiero interrumpir por ahora nuestro ejercicio. Digo, pues, que unas veces se ha de subir y otras bajar, unas salir á fuera y otras entrar dentro de sí; lo cual te enseñará el Espíritu Santo, si con humildad acudes á él. Y estame atento, porque quiero confirmar esta doctrina con un lugar famoso de la Escritura, á fin de que la estimes en lo que es razón.

¿Por ventura te acuerdas de aquellos animales que vió Ezequiel junto al río de Chobar?

DISCÍPULO. Sí; me acuerdo; pero no entiendo el misterio de aquella visión.

MAESTRO. Pues advierte que, aun cuando el Profeta santo dice en el capítulo primero que eran cuatro, en el décimo expresa que era uno. Éste tenía cara de león, de águila, de becerro y de hombre. Por este misterioso animal es significado el varón justo, ocupado todo en este espiritual ejercicio de que voy hablando. El cual, como león, se retira á la soledad; como hombre, es humanitario y trata con los hombres; como águila, se remonta y sube por contemplación al cielo; como buey, labra en la tierra del propio conocimiento. *Et animalia ibant et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.* Y estos animales iban y volvían, á semejanza del rayo, que con velocidad camina á una y otra parte, despidiendo de sí centellas de fuego; tan presto en lo alto de las divinas alabanzas, como en lo profundo de la humildad; tan presto ayudando al prójimo, como retirado dentro de sí. Divino animal, que es uno y muchos; muchos, por los diversos respetos y ocupaciones; uno, porque en cada cosa se halla entero; todo en la elevación; todo en el conocimiento propio; todo en el bien de los próji-

mos, y todo en la introversión. San Gregorio, sobre este lugar, advirtió una cosa de mucha consideración: dice allí Ezequiel, que estos animales iban y no volvían atrás un paso; y luego parece que se desdice: *Et animalia ibant et revertabantur in similitudinem fulguris coruscantis*. Y los animales iban y volvían á la semejanza del rayo inflamado, y echando chispas.

DISCÍPULO. Parece cierto que no se compadece lo uno con lo otro.

MAESTRO. Sí, se compadece de esta manera: que en lo primero, como dice San Gregorio, se declara la perseverancia que los santos tienen en la virtud, y el tesón con que caminan en ella; y en lo segundo, el ordinario recurso á Dios. Ha de haber una ida y una venida; han de acudir al prójimo; pero luego se han de volver á Dios y engolfarse en Él; y esto á semejanza del rayo; que, como éste, ha de despedir de sí palabras de fuego, que enciendan y abrasen los corazones de los hombres y los conviertan á Dios. El cual los llama por este nombre, hablando con el Santo Job. «¿Por ventura, dice, serás poderoso para enviar rayos del cielo á la tierra, y que con ir tan impetuosos te sean tan obedientes que, habiendo producido sus efectos, vueltos á tí, te digan: aquí estamos?» Claro está, según la

exposición de San Gregorio, que no habla aquí Dios tanto de los rayos materiales, que se despiden de las nubes que andan por los aires, cuanto de los espirituales, de que vamos hablando; los cuales salen de la mano poderosa de Dios inflamados en fuego de caridad, y, causando efectos maravillosos en las almas, vuelven á Él, como gavilanes á la mano del cazador, para no perder la actividad del herir; vuelven, finalmente, á la esfera del fuego, de donde la recibieron. Es decirnos, que ni todo ha de ser contemplar, ni todo convertir almas. Divinamente nos declaró esto el Apóstol, escribiendo á los de Corinto: *Sive mente excedimus Deo, sive sobrii sumus, vobis, charitas Cristi urget nos*. Algunas veces nos arrebatamos en espíritu en el secreto de la contemplación á tratar con solo Dios; otras veces nos humanamos con vosotros para comunicaros lo que os conviene para vuestro remedio, y á lo uno y á lo otro nos incita la caridad de Cristo. Como si dijera: El fuego de la caridad nos enciende y voltea como rayos, y unas veces nos arroja á lo alto del cielo, donde está la esfera del amor, y allí nos anegamos, y allí es toda nuestra conversación, absortos con Dios y olvidados de las bajezas de la tierra; y esa misma caridad nos vuelve á la tierra para procurar vuestra salud;

y así somos águilas en la contemplación, hombres en el trato familiar del prójimo, leones en la introversión y soledad y bueyes en la labor del propio conocimiento.

DISCÍPULO. Confieso que jamas entendí ese paso, ni le he oído explicar tan profundamente como tú, ahora, me le has declarado. Bendito sea Nuestro Señor, que da su espíritu para entender é interpretar la Sagrada Escritura con tanta sinceridad y tanto aprovechamiento de las almas.

§ V.

MAESTRO. Muchos otros lugares hay que confirman este santo ejercicio; especialmente uno de Jeremías, que de las dos partes de él trató soberanamente; pero ni yo te quiero cansar, ni hay tampoco necesidad de otras pruebas.

DISCÍPULO. En cuanto á mí, creo que no sentiría cansancio, aun cuando me anochebiese y amaneciese oyéndote hablar, y harto sabéis que la conversación acerca de la divina Sabiduría carece de amargura y de tedio. El trato de los hombres del mundo sí que cansa y enfada; pero el de Dios enciende el corazón, y es pasto y sustento verdadero del alma. No quiero, por lo dicho, seros molesto é im-

portuno, obligándote á más de lo que pide tu falta de salud; sólo te suplico que me digas ese lugar de Jeremías, después de lo cual podremos retirarnos á la oración.

MAESTRO. «Asentarse há el solitario y callará, y levantarse há sobre sí». Esto dice el Profeta; y es tanta su profundidad y tan grandes los secretos que en tan breve sentencia se encierran, que temo mucho ponerme á desenvolverlos.

DISCÍPULO. Ya he leído yo ese lugar en *Los triunfos* que escribiste.

MAESTRO. Es así como lo dices; pero con el miedo que ahora tengo, lo traté muy á la ligera; dije poco y con mucha oscuridad, y ésta deseo aclarar ahora, si el Señor tuviere á bien prestarme su favor y ayuda. Nota, pues, que todas las condiciones necesarias para la perfecta oración y unión con Dios, se encierran en esta breve sentencia: *Asentarse há el solitario y callará, y levantarse há sobre sí*. Lo primero es asentarse; lo segundo, soledad; lo tercero, silencio; lo cuarto, elevación ó raptó. De lo primero dijo el filósofo: «El ánima asentada y con quietud se hace sabia». En todas las cosas buscó la divina Sabiduría descanso, y en solos los quietos y humildes le halló. ¿Cómo puede descansar Dios en el alma inquieta que oye el sermón y está en el

oratorio esperando que se acabe la hora, como si fuese tarea, con un tropél de pensamientos que ahogan cualquier buena inspiración y habla divina? De los inquietos y de mal asiento dijo el Sabio: «El corazón del necio es como la rueda del carro, que en nada tiene sosiego ni firmeza; cada día muda de propósitos; ya se da todo á la oración, ya la deja del todo; unas veces muy activo, otras muy contemplativo; lo que hoy le agrada, mañana le da en rostro, y, usurpando el oficio de Penélope, tejiendo y destejiendo, se le pasa la vida sin ningún fruto ni aprovechamiento espiritual. Sus pensamientos, dice el Sabio, son como el rodezno del molino: ya de la hacienda, ya de los hijos, ya de la mujer, ya del negocio, ya del pleito; y plega á Dios no sean sucios y torpes, consentidos ó mal resistidos». Estos más se ponen en la oración á pensar, que no á meditar ni contemplar.

DISCÍPULO. ¿Pues hay alguna diferencia entre estos tres términos: pensar, meditar y contemplar?

MAESTRO. Grandísima, y no me persuadirá yo que ignorabas eso, si no me preguntaras; porque es cosa que se debe saber ante todas las demas que hacen esta materia. Nota, pues, que aunque las operaciones de nuestra ánima sean muchas, de tres hacen principal-

mente mención los Doctores, que son: cogitación, meditación y contemplación. De las cuales hablando Ricardo, Hugo de San Víctor y el Canciller, dicen que la cogitación es pensamiento vago, vano y sin fruto de las cosas de la tierra, en el cual ni hay trabajo, ni fatiga, sino un libre discurso por lo que se ofrece. La meditación es pensamiento pródigo y deseo sabio del alma que busca alguna verdad, en que no poco se fatiga y acongoja; aunque el aprovechamiento es mucho, porque se enciende con ella el fuego de la caridad, que es el fin de toda buena meditación. La contemplación por ahora es lo mismo que la meditación, porque la una y la otra son una consideración util de las cosas celestiales y provechosas para el alma; pero difieren en que la meditación se hace con fatiga y la contemplación con gusto y sin pesadumbre. Y aun la meditación, si es atenta, devota y con particular fin, y de cosas particulares, se convierte muchas veces en contemplación.

DISCÍPULO. Mucho me consolara que me declarases esto con algún ejemplo visible, porque es mi torpeza tal, que apenas te he entendido.

MAESTRO. Considera un hombre que no habiendo aprendido el arte de pintar, teniendo voluntad de aprenderle, tomase un

pincel en la mano y se pusiese á pintar desordenadamente lo que se le ofreciese á la fantasía: no cabe duda de que ejecutaría esto sin fatiga ni molestia de ninguna especie, pero sin provecho también, porque sólo serviría para borrar el papel ó la tabla sobre que se pintase. Pues supongamos ahora que este mismo sugeto se propone aprender este arte, y toma lecciones para ello: sería cosa de ver las dificultades con que tropieza al empezar; porque como le obliga el maestro á pintar cosas en particular y concertadamente, y de manera que puedan ser vistas y juzgadas, hasta adquirir el hábito lo lleva todo muy cuesta arriba; mas al fin, con el ejercicio y la práctica, y con el deseo del lucro, poco á poco llega á ser perito en la pintura y á ejercer con deleite y facilidad grande.

DISCÍPULO. Ya estoy completamente enterado de lo que me queríais decir.

MAESTRO. Digo, pues, que el pensar es como el pintar desconcertadamente y sin arte; es hacer borrones y gastar tiempo inútilmente. El meditar es pintar con orden y concierto y con propósito de salir adelante con la pintura; mas el contemplar es esto mismo, pero con destreza, con facilidad y con gusto. Los que se retiran á pensar viven en grande peligro, porque pierden el tiempo y se hallan

expuestos á todo género de pensamientos, que les ofrece el demonio, como otros tantos mirones ó ventas en que para todo el mundo está abierta la puerta. Y es doctrina de iluminados, que enseñan á estarse estériles en la oración, esperando el primer pensamiento que ocurre. Los que se ocupan en la meditación reciben gran provecho de ella, hácese sabios, enciéndense en el amor de Dios, crecen en la devoción, en la humildad y menosprecio del mundo, y, finalmente, en todo género de virtudes. Y lo que es más, llegan á lo sabroso y gustoso de la contemplación, mediante la cual, la racional criatura ardientemente es unida con su Criador, y sabrosamente, cuanto le es posible, le gusta; y tanto se eleva su entendimiento, que prescindiendo de las operaciones de los sentidos exteriores, se torna en casi divino.

DISCÍPULO. Y estoy completamente enterado de lo que me queríais decir.

MAESTRO. Digo, pues, que el pensar es como el pintar desconcertadamente y sin arte.

Peró dejemos también esto por ahora, porque es tratar de los fines sin haberse ocupado en los medios antes, y volvamos á lo que del sosiego y quietud del alma íbamos diciendo sobre aquella palabra *sedebit*. Quieres saber quién se aquíeta?

DISCÍPULO. Mucho lo deseo, porque con